



EL ARZOBISPO
DE
SANTIAGO DE COMPOSTELA

Solemnidad de Todos los Santos
El amor de Dios tiene la primera y la última palabra
1 de noviembre de 2026

Queridos hermanos y hermanas:

Al celebrar la solemnidad de Todos los Santos, recordamos a las personas que nos ayudaron a creer y a vivir la fe, nos enseñaron a orar, nos cuidaron con paciencia o mantuvieron la esperanza en días difíciles. En sus vidas hemos reconocido las huellas de la bondad de Dios. Su recuerdo nos acerca a esa multitud de santos que la Iglesia celebra y nos anima a seguir sus pasos por el camino del Evangelio. Ellos son "el rostro más bello de la Iglesia" (Francisco, *Gaudete et exsultate*, 9).

La santidad es nuestra vocación fundante (cf. LG 32). Todos los bautizados estamos "llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad" (LG 40). La Palabra de Dios nos muestra de dónde nace esta llamada: "Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!" (1 Jn 3,1). Todo comienza en ese amor que nos precede y nos sostiene. Desde nuestro bautismo, el Señor nos invita a crecer en su amistad y a dejar que su gracia transforme nuestra vida. Podemos responderle en cada edad y circunstancia, también en medio de nuestras fragilidades y después de nuestras caídas.

Este año tenemos un motivo añadido para dar gracias a Dios. El próximo 7 de noviembre será beatificado en Santander, junto con otros 79 mártires, Luis Mosquera Caramelo. Nació en A Coruña en 1900 y recibió el bautismo en la parroquia de San Jorge. Esposo, padre de cinco hijos y primer juez español que será declarado beato, su vida nos muestra cómo la fe recibida en el bautismo puede arraigar en las decisiones de cada día y dar fruto en el servicio a los demás.

En su familia y en su trabajo como juez encontró el lugar donde seguir a Jesucristo. Su preocupación por la dignidad de los presos expresa una fe que se traduce en justicia y en cuidado de las personas. Al conocer su historia, resuenan aquellas palabras de Jesús: "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados" (Mt 5,6). También hoy necesitamos cristianos que vivan su profesión y sus responsabilidades con esa honradez y valentía, atentos a quienes más necesitan que se respeten sus derechos y su dignidad.

Su fidelidad a Cristo culminó en el martirio, en Santander, el 27 de diciembre de 1936, en el contexto doloroso de la Guerra Civil. Al celebrar su beatificación y la de sus compañeros, queremos acoger su testimonio como una llamada a la reconciliación. Ante las heridas de aquella tragedia, que alcanzaron a tantas familias, nos inclinamos con respeto ante el sufrimiento de todas las víctimas y pedimos al Señor que nos ayude a sanar la memoria, desterrar el rencor y afianzar una convivencia pacífica. La memoria de los mártires nos compromete a perdonar y a trabajar por una paz en la que todos puedan reconocerse hermanos, porque mártir cristiano es el que muere como Cristo, con fe y esperanza (cf. Lc 23, 46) y con caridad, entendida como perdón (Lc 23, 34: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen").

Esa paz se construye también en nuestras relaciones más cercanas. Jesús llama bienaventurados a quienes trabajan por ella (cf. Mt 5,9). Lo hacemos cuando escuchamos a quien piensa de otra manera, renunciamos a una palabra hiriente o damos el primer paso para recuperar una relación rota. San Pablo nos hace una recomendación exigente y luminosa: "No te dejes vencer por el mal, antes bien vence al mal con el bien" (Rom 12,21). Pidamos la gracia de hacerla vida, especialmente cuando una ofensa o una incomprensión nos empujen a responder con dureza.

Esta manera de vivir tiene consecuencias en el ejercicio de nuestras responsabilidades personales y sociales. Durante su reciente viaje a España, León XIV recordó en su discurso ante el Parlamento que "la autoridad lleva siempre consigo una responsabilidad" (8 de junio de 2026). A la luz del testimonio de Luis Mosquera, estas palabras nos invitan a preguntarnos cómo servimos a los demás desde el lugar que ocupamos. En el hogar, la escuela, el trabajo, la comunidad cristiana o la vida pública se nos presentan oportunidades diarias para proteger al débil, actuar con justicia y sembrar paz.

Os invito a dar un paso concreto en este camino de santidad. Quizá haya alguien que necesita nuestro tiempo, una persona a quien debemos pedir perdón o una obligación que hemos de atender mejor. Para responder necesitamos volver al Señor: escuchar su Palabra, alimentarnos de la Eucaristía y acoger su misericordia en el sacramento de la reconciliación. Él nos levanta cuando caemos y renueva nuestra capacidad de amar.

En estos días confiamos también a nuestros difuntos al abrazo del Padre. La comunión de los santos sostiene nuestra esperanza: en Cristo seguimos unidos a quienes nos han precedido y caminamos hacia la plenitud de la vida que Él nos ha prometido. Que María, Reina de los Mártires, y Santiago el Mayor, el primero entre los apóstoles en dar la vida por Cristo, nos alienten a ser testigos fieles de la fe recibida. Y que la próxima beatificación de Luis Mosquera Caramelo nos anime a vivir el Evangelio con alegría y a construir fraternidad allí donde Dios nos envía.



+ Fr. J. Prieto

✠ Francisco José Prieto Fernández
Arzobispo de Santiago de Compostela